



Seix Barral Biblioteca Breve

Álvaro Bisama

Oráculo

© 2025, Álvaro Bisama
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile.

ISBN: 978-956-6424-33-8
Registro de Propiedad Intelectual N° 2025-A-8222
Primera edición: octubre de 2025

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen
Impreso en: CyC Impresores Ltda.

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de
fotocopia, sin permiso previo del editor.

Queda expresamente prohibida la utilización
o reproducción de este libro o de cualquiera
de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar
sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Para Carla

*Como un demonio en una nube
con aullidos de aflicción,
avanzo con la noche,
y con la noche me iré;
doy la espalda al Este,
donde las comodidades han
aumentado;
porque la luz se apodera de
mi cerebro
con dolor frenético.*

WILLIAM BLAKE

UN REPERTORIO AMERICANO

*En esta noche, ni mesa punteada
de falerno feliz ni de amapolas;
tampoco el sollozar; tampoco
el sueño.*

GABRIELA MISTRAL

EN EL ERIAZO

1

Estábamos perdidos, atrapados en una ciudad muerta. Eso era Santiago. Eso era Chile. Escuchábamos música gótica o lo que creíamos que era música gótica y nos juntábamos en la casa de una chica llamada Chelsea, que era fanática del rock japonés y del animé y luego íbamos a la Blondie, a la Ø o al BalLeDuc —cuando quedaba en Irrarázabal— o al Eurocentro o nos encerrábamos a leer revistas sobre bandas noruegas y novelas de vampiros, a mirar películas de terror de los años veinte o cosas de la Hammer, y hablábamos de cómo habíamos sido dañados en la infancia y de cómo estábamos llenos de heridas y cicatrices abiertas, de cómo nos despertábamos gritando o solo odiando mientras subíamos a micros que nos llevaban de madrugada a La Florida o a Pudahuel o a algún barrio de casas cuyos patios estaban repletos de cajas de madera y escombros, de somieres oxidados, de tarros de aceite llenos con agua de lluvia.

De más está decir que en la vida real ella no se llamaba Chelsea y nuestros nombres eran otros. Pero huíamos de ellos y nos perdíamos en la noche. De este modo, íbamos y veníamos y nos pintábamos los ojos de negro y usábamos corsés comprados en la ropa americana y abrigos que nos

hacían parecer más enjutos, pequeños y frágiles, mientras nos quedábamos en silencio y de espaldas oíamos la voz de Gackt, o alguien parecido, que gritaba desde la oscuridad de un calabozo que devoraba toda luz: un lugar que era una pieza o una sala o un estudio que podía ser el interior de un hocico negro que se cerraba sobre quien cantaba, que lo escuchábamos y soñábamos cómo esa marea podía caer sobre nosotros. Y todo se mantenía en calma, en un equilibrio frágil porque estábamos en primer o segundo año de la universidad, o porque trabajábamos en una farmacia o en la feria, o porque huimos de casas que ya no eran nuestras y donde el miedo provenía de la certeza de que nunca lo fueron.

Y todo estaba bien en esas fiestas donde bailábamos bajo neones rojos, protegidos por gárgolas de cartón piedra, en medio de una niebla espesa hecha de sudor y humo de cigarros donde por un rato los volantes de encaje de las faldas y los cuellos de las blusas de seda negra falsa giraban bajo los focos como huracanes privados —nosotros éramos la mirada, nosotros éramos el ojo— sincronizándose con la música, pero también con lo que creíamos que era nuestra alma. Esos lugares habían sido bodegas o cines y ahora eran salones de baile secretos, pistas de aterrizaje escondidas en el corazón de la ciudad. Y éramos diez o veinte o cien, una legión de perdidos bailando en un horizonte de sombra, escuchando rumores o historias sobre sus monstruos y sus demonios, puros cuentos alucinados sobre conocidos de conocidos a los que les pasó algo, que tuvieron problemas con la *ouija*, que padecieron sueños proféticos o visiones de puertas que se abrían en medio de la calle o de la nada, atacados por mensajes secretos pintados en el baño de una fuente de soda; alucinados y asustados por relatos sobre pájaros que robaban niños o sobre asesinos

que se volvían animitas; puros cuentos sobre muchachas pálidas que hablaban con el diablo, sobre líneas sin retorno del metro, sobre casas encantadas, sobre estigmas y más y más y más monstruos. Y todo tenía sentido porque la música, pesada y terrible, nos perseguía como si fuese un alma en pena. Algunos escribían poesía. Otros visitaban cementerios. La mayoría vagábamos buscando algo que desconocíamos, pero que esperábamos nos sacara de ahí, de nuestras vidas, de nuestros cuerpos, de nuestra propia lengua. Y de pronto, en el baño de algún local, escuchábamos sobre alguien que murió o estaba internado, sobre un muchacho esfumado, sobre alguien que fue a cambiar discos a un lugar y desapareció en una panadería en Matta o en Macul cerca de Grecia. No nos importaba si todo era solo una fantasía, un deseo que se desplegaba sobre Santiago y que permitía que percibiésemos cómo lo cotidiano se rompía en pedacitos, en un sueño que nos definía y nos dibujaba, elevándonos sobre el plano de una ciudad que abrazábamos para que no nos abandonaran sus pesadillas, las mismas que nos mantenían electrificados, no tan solos.

Una tarde en la casa de un amigo, Chelsea empezó a decir que un ángel vivía en una casa vieja de Independencia. Estudiaba Comercio Exterior, pero lo dejó porque debía cuidar a su abuelo o padre, que tenía demencia senil. Esos días acababa de terminar con un muchacho pálido del que se había enamorado y que después la abandonó porque debía volver al norte o al sur. Él le contó, quizás para seducirla o darse algo de importancia. Ella le creyó. No tenía cómo no hacerlo.

Pasó varias temporadas muy mal, y en un momento conoció a este tipo flaco y ojeroso, que hablaba de magia y rituales y que quería parecer misterioso, aunque en realidad

era solo un pobre de solemnidad, otro payaso a la deriva bajo las luces de la fiesta.

Nunca supimos su nombre.

Antes de que terminaran, él le contó que había un ángel viviendo en un caserón antiguo, a un par de cuadras del Mapocho, cerca del barrio donde vendían telas.

Le dijo que era viejo y que tenía los ojos blancos, que todas las piezas estaban llenas de libros; que había llegado a Santiago desde Buenos Aires hacía dos siglos, atravesando la cordillera en el lomo de una mula para luego instalarse en esa casa, invisible. Eso fue todo, un cuento que Chelsea creyó cierto y atesoró porque, luego de un par de semanas, él se fue y ella se quedó con todas las historias que le contó como único recuerdo de su relación.

Él no conocía la dirección del ángel, pero se ubicaba o decía ubicarse, porque un amigo suyo fue a ver y le contó que caminaba encorvado por los pasillos en penumbra, doblado por el peso de unas alas que apenas disfrazaba con una bata de seda, entre biombos y bibelots y cuadros de la era victoriana donde aparecían, en la mayoría, muchachas dormidas o muertas sobre el lecho de un río transparente, un río apenas enturbiado por el cuerpo que reposaba ahí fuera del tiempo, según contaba. Chelsea narraba todo esto con excitación y luego hastío, fingiendo cierta naturalidad. Nadie le preguntaba mucho más. Hablar la sacaba del pozo de la pena, de los restos de una tragedia familiar que podíamos intuir cuando entrábamos en su departamento y estaba, sentado en una silla de ruedas, un señor que no sabíamos si era su padre o su abuelo y que mascaba una pelota de hojas de coca mientras murmuraba frases obscenas o versos de canciones del Rey. A veces, por la tarde, veíamos cómo el crepúsculo naranja le pegaba en el rostro y él abría la boca para dejar la mandíbula congelada, con la lengua detenida

y un bolo de verde oscuro y saliva y baba que respiraba de modo independiente, al modo de un animal agonizante, dentro del paladar.

Más tarde, algunos desaparecimos. Nos pasaron cosas. Murió el anciano. Nunca supimos cuál era su lazo con Chelsea. Un día ya no estaba ahí y ya nadie murmuraba nada porque existía un pozo de silencio donde antes estaba su silla de ruedas.

Chelsea se fue por unos meses a La Serena y después volvió. Seguía hablando del ángel, se comunicaba con los amigos de su ex para ver si sabían algo. Algunos días iba a Independencia con un mapa y una cámara Sony y tomaba fotos, completaba mapas. En sus cuadernos y bitácoras mezclaba imágenes religiosas con personajes de animé. A veces los mostraba, álbumes llenos de recortes donde aparecían ruedas de luz y criaturas con cabezas de animales, pastores con túnicas hechas de arcoíris que levitaban sobre la ciudad, moluscos espaciales, pirámides flotantes, híbridos de carne y hierro, seres cuyo cuerpo oscuro se componía de un ojo rodeado de alas, cuerpos imposibles sin cabeza ni oídos que descendían en coreografías aún más imposibles porque cada movimiento contenía un signo cifrado, una orden insoslayable.

Meses después, logró encontrar la casa. Nunca nos dijo cómo.

Nos citó para contarnos. Nos juntamos en una plaza que quedaba cerca de los blocks donde vivía. Alguien compró cerveza. Otro puso música con un pequeño parlante. Nos acomodamos en unos juegos infantiles destruidos. Un mendigo había levantado una carpa con frazadas bajo un resbalín, y una bandera plomiza hecha de harapos se sacudía entre unos árboles apestados y un columpio con el sillín de plástico carcomido por el sol. El suelo estaba

cubierto de botellas quebradas y cajas de vino vacías. Los juegos eran los esqueletos de metal de los monstruos con los que soñábamos.

Chelsea estaba vestida con un traje de fiesta rojo, de raso y lucía más pálida de lo que ya era. Había perdido peso. La luz de las fogatas le devolvió un poco de color al rostro.

Contó qué había pasado. Su voz era distinta. Era una lengua que carecía de aire. Escuchamos cada palabra con cuidado, quizás devoción.

Chelsea dijo que la casa estaba oscura y el salón al fondo de un pasillo. Vio dos habitaciones con las puertas tapiadas. No vio cuadros. Se fijó que las paredes tenían trizaduras y marcas de garras de animales. Olió a encierro, a perro, a meado de viejo. Las luces eran amarillas. El sillón era de fieltro rojo y raído. El ángel estaba sentado en el centro de una sala de la que colgaba una lámpara de lágrimas. Tenía el pelo largo y sucio, y una barba sucia, alguna vez blanca. Llevaba pantalones de buzo y una camisa escocesa. Estaba descalzo, con los pies posados sobre una alfombra gastada llena de cáscaras de maní, bolsas de papas fritas y papeles. Chelsea no recordaba el color que tenían sus ojos, pero sí que detrás suyo pudo ver un cuadro donde alguien había pintado la ciudad de plata, que se veía de lejos, flotando en medio de un cielo nocturno mientras emitía un resplandor pálido, rodeada de luciérnagas. No parecía ciego, y su piel emitía una luz. La pintura era vieja y el óleo estaba craquelado, lleno de una pátina oscura, una veladura de mugre, idéntica a la que tenían unas marinas en la casa de una tía abuela. Se quedó de pie, en silencio, hasta que le habló. Reconoció la joroba que podían ser sus alas.

No abrió la boca. Sus palabras entraron directamente en su cerebro. La voz no tenía género y sonaba más joven que la de la criatura que tenía al frente. Eran a la vez dulces

y perentorias. Chelsea creyó escucharlas desde su espalda. No eran palabras. Le dijo que era un ángel, que la esperaba, que sabía que iba a venir; que llevaba en la casa mucho tiempo, que ese encuentro iba a ser breve, que debería volver. Chelsea vio un desierto y un camino y un sendero de espinos color azul que parecían de cristal.

Chelsea hizo una pausa en su relato. Un columpio se movió en la plaza y la cadena de metal chirrió. Dijo que el ángel cantó y que ella vio imágenes de la Tierra formándose, de volcanes y mares, ciudades en llamas y tormentas de fuego.

Iba a volver, nos contó. Él la esperaba, quería seguir hablando con ella, porque le estaba narrando la historia secreta del cielo y su deber era ese, contar que él era ese ángel, el ángel de la memoria, el guardián de los escombros.

Cuando terminó nos fuimos en silencio, sin apenas despedirnos. Nos metimos entre los blocks, iluminados por los reflejos de los televisores encendidos, puros fantasmas moviéndonos entre las cortinas medio abiertas y las ventanas enrejadas.

Dejamos de verla. Nunca más nos escribió. Lo que vino luego fue más extraño y triste; una serie de días malos encadenados en viñetas de desamparo, amigos que caían por quebradas, muchachos ahorcados, incendios, suicidios, alguien que aparecía zombi de noche, en alguna fiesta, porque había huido de un psiquiátrico. Y los días se pusieron tristes porque Chelsea murió después en un accidente de auto en el norte, cuando salía de Iquique rumbo al aeropuerto, en un paisaje de rocas blancas por el guano. No supimos del funeral. Alguien avisó muchos meses más tarde.